

El peligro de la religiosidad hueca

Mateo 7:20-28

He predicado acerca de este pasaje que hemos leído en varias ocasiones. Y por lo general he enfocado esta parábola de Jesús, con la cual concluye el llamado Sermón del Monte, desde el punto de vista del inconverso, versus el creyente. Hemos dicho que el que edifica sobre la roca es el que tiene a Cristo, pero el que edifica sobre la arena es el que no le conoce. Sin embargo, si observamos este pasaje detenidamente y lo contrastamos con todo el sermón del monte, veremos que en realidad Jesús no trae esta parábola para hablar de eso.

Se trata de una advertencia dirigida a aquellos que han escuchado su sermón y han recibido su enseñanza. Una advertencia del peligro que representa oír este mensaje, pero sin que el mismo llegue al corazón, y no resulte en acción ninguna. El sermón del monte, como se le llama a este mensaje contenido en los capítulos 5 al 7 de Mateo, es un compendio que hace Jesús de su evangelio. Jesús comenzó su mensaje haciendo un contraste entre los que realmente son dichosos, felices o bienaventurados. Una descripción que establece una gran diferencia entre los religiosos, los fariseos y escribas que se contentaban con cumplir con una serie de requisitos religiosos, pero sus corazones estaban vacíos. Tenían la cabeza llena de conocimiento religioso, pero sus corazones estaban vacíos de fe, de amor, de compasión, pureza y misericordia.

También es una clara advertencia a quienes profesan conocer a Dios, quienes incluso creen que son parte del reino, pero sus vidas no reflejan el carácter y las cualidades de los que verdaderamente son hijos del Rey. Los fariseos y religiosos eran personas que oraban mucho, ayunaban semanalmente, y daban limosnas a los pobres. Pero lo hacían para que la gente los viera, los admirara y así ellos exaltarse a sí mismos. Cuando Jesús comienza su ministerio público en Galilea y Judea, se encuentra con una sociedad cargada de religiosidad, pero una religiosidad hueca.

El pasaje nos describe a dos hombres que representan dos clases de oidores. Estos dos hombres construyen una casa. Uno de ellos lo hace sobre la roca, que es el camino más difícil, pero más seguro. En cambio, el otro lo hace sobre la arena, que representa el camino más fácil, pero el más inseguro. ¿Qué representa esa casa? La casa que ellos construyen es su justicia. El que lo hace sobre la roca simboliza al que tiene una justicia basada o cimentada en el evangelio de Cristo que produce una transformación interior y una verdadera justicia del corazón. Mientras que el

que lo hace sobre la arena, representa al hombre que levanta una justicia de apariencia basada en el sistema religioso hueco, pero sin un corazón renovado.

En otras palabras, y esto es importante, el que construye sobre la roca es el que edifica una justicia que está cimentada en Cristo y su Palabra (Col. 1:21-23), mientras que el otro representa al que levanta una justicia basada en la religiosidad y la apariencia. Los vientos, y los ríos que golpean ambas casas representan el día del juicio. La palabra claramente advierte que algún día todo ser humano tendrá que presentarse delante de Dios y su vida, sus acciones y las intenciones del corazón serán manifiestas. Dios juzgará, más que las acciones, las intenciones y motivaciones que la gente no ve, pero Dios sí, como dice Ro. 2:16, “...en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres conforme al Evangelio.”

Esta advertencia de Jesús, amados hermanos, sigue teniendo vigencia hoy. Hoy también hay muchas personas que dicen ser cristianas, afirman conocer a Dios y hasta tienen conocimiento de la Palabra de Dios. Sin embargo Jesús dijo: “*por su fruto los conoceréis*”. Recuerdo que en mi casa donde me crié había un árbol grandísimo de mangó. Aquel árbol impresionaba por lo frondoso que era y daba un cosecho abundante de mangó. Sin embargo, cuando usted probaba un mangó de aquellos, se arresmillaba todo, porque eran bien amargos y agrios. No había quién se comiera un mangó de aquel árbol. Eso es precisamente lo que Jesús quiso decir. Las apariencias engañan. Hay personas que por su apariencia de piedad y religiosidad pueden dar la impresión de que están bien cerca de Dios, pero todo es ficticio.

Y es que el evangelio que Jesús enseñó no cambia la apariencia externa meramente. Es un evangelio poderoso que transforma el corazón, renueva la mente y produce una persona totalmente nueva. Un cambio y una transformación que viene por medio de la fe en Cristo. La evidencia que muestra que una persona verdaderamente ha recibido a Jesucristo de corazón, es su misma vida transformada, su conducta y sus acciones. Es una vida que no se conforma meramente con oír la Palabra de Dios, sino que la pone en práctica en su vida.

El religioso puede engañar o impresionar a la gente, pero a Dios no lo puede engañar. Dice el mismo Jesús que muchos vendrán delante de él en aquél día (el día del juicio) y le dirán “*Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchos milagros y señales y milagros? Y él les declarará, apártense de mí, hacedores de maldad, nunca os conocí.*” ¿Sabes cuánta gente en este mundo vive confiando en su propia justicia religiosa? Han edificado sobre la arena y todo eso se vendrá abajo.

Dice el pasaje de Mateo que al terminar Jesús esas palabras, la gente se maravillaba de su doctrina. ¿Cuál fue el resultado de este sermón? ¿Acaso hubo un gran avivamiento? ¿Hubo miles de conversiones? ¿La gente corrió hacia Cristo y le siguió? No ocurrió nada de eso. Simplemente se quedaron maravillados de su doctrina, pero no ocurrió nada más. Hicieron como hace mucha gente hoy cuando oyen acerca del evangelio. “Muy bonito, tiene razón, se oye bien eso, me tocó”, pero ahí se queda todo. No pasa de un mero asombro, no va más allá.

A veces me han invitado a llevar reflexiones y mensajes a diferentes lugares. A escuelas, funerales, dependencias de gobierno. Y yo aprovecho cada oportunidad para presentar el evangelio. Y cuando termino, por lo general, algunas personas se le acercan a uno y le felicitan por el mensaje: “estuvo muy bonito, me tocó, de verdad que hacía falta”. Pero al igual que aquellos que escucharon el sermón de la montaña, no llega a donde tiene que llegar, el corazón se queda vacío, seguramente conforme con su religiosidad. No hay arrepentimiento ni obediencia.

Pero un verdadero creyente no puede terminar ahí. El que tiene una fe verdadera no se quedará simplemente asombrado al oír la palabra de Dios. Más que sorprendido, o asombrado, o maravillado, esa palabra sembrada germinará y dará fruto en su vida.

Llamado...